

LIBROS PERUANOS

Exóticas por Manuel G. Prada



Como de Francisco García Calderón puede decirse de José de la Riva Agüero que es un joven sabio. En tesis de importancia suma en artículos de periódico ha dado pruebas más de una vez de un talento singular, de un espíritu cultiva do como pocos y de una

castellanidad. BALNEARIOS enjalana hoy por primera vez sus columnas con un estudio crítico del Dr. José de la Riva Agüero, el primero entre los primeros de su generación.

El libro de versos más digno de atención que ha producido en 1911 la literatura peruana es, a no dudarlo, el cuaderno intitulado Exóticas de don Manuel González Prada. Afirmación tan evidente no envuelve ni por asomo indiferencia ó desdén para con algunas otras colecciones poéticas, obras apreciables de autores relativamente jóvenes, como Rumor de Almas de Alberto Ureta y Versos á Iris de Adán Espinosa, quienes serán los primeros en reconocer la primacía y eminencia del maestro. Gran distancia media, por cierto, entre ensayos felices pero ensayos y preludios al cabo; y los refinamientos y primores de prosodia en que se complace la pericia métrica de la experta lira de Prada. Porque mucho más que libre esparcimiento de la fantasía y expresión espontánea de sentimientos íntimos, Exóticas quiere ser, en el propósito de su autor, un cuidadoso ejercicio de técnica, la comprobación de un bien meditado y estricto sistema rítmico en la versificación castellana, aplicable también a la prosa elevada y artística. Apreciador ferviente de Simbad de Mas, aunque se aparte de él en bastantes particularidades, Prada continúa la innovadora labor de combinaciones de métrica á que se dedicó este benemérito y no suficientemente celebrado poeta español. Concede, como es natural, en nuestro idioma, mucho mayor importancia al acento que á la rima, y más de la mitad de sus composiciones carecen de esta. A nadie ha de ocurrírsele ciertamente negar la legitimidad de prescindir de la rima en castellano (lo mismo que en italiano y portugués.) Abonada está esa prescindencia desde muy antiguo con la excelencia reconocida del verso suelto, y en lo moderno con los exámetros de Rubén Darío y con los ritmos de Prada en el volumen de que trato, tan musicales algunos como el de la poesía denominada En las alturas, tan aproximados otros á tipos clásicos como en La Primavera, por la reproducción de los elementos acentuales que ya existían, aunque secundarios, en la versificación latina. Pero aplaudiendo estas generosas tentativas, análogas con frecuencia á las célebres de Carucci, querríamos á Prada, en esto como en todo, men s intransigente y exclusivo y á la vez con más consecuencia en el fondo, porque quien ha rimado con tanta delicadeza en Mimasulas (mucho más todavía que en la primera parte de estas Exóticas, en la que sigue el sistema de consonantes y asonantes) no debería llamar á la rima pueril cascabel y vestidura de gótica barbarie, como lo hace; y quien deplora lo monótono y pobre de la poesía castellana, no debería excomulgar tan cerradamente á los imitadores del novismo versolibrismo en nombre de la indole de nuestra lengua. No parece tan definitivo aquello de que repugne esencialmente al genio del idioma el ritmo vago y sin la inflexible regularidad de acentos; y aun puede que convenga cultivarlo con esmero para combatir el exceso de tesura y empaque, la falta de flexibilidad y matices de que tanto se acusa al castellano y á que no es de dudar que propende. Una inspiración lírica de vacuedad ondulante, delicadeza y claroscuro, que hasta el presente ha sido escasa en la gente española, ó hispano-americana, necesita á menudo libertarse de las trabas de la rígida fijez en la acentuación, harto más pesadas que las de la rima, y por eso es lícito que el poeta se esjima de una si conserva la otra. Ni faltan en la antigua literatura castellana precedentes de versos con disonancias en número mucho mayor que el admitido por Prada en sus polírrimos, y aun de verdaderos versos indefinidos como lo son los del Poema del Cid, que el mismo cita al respecto en su nota final, y de similitudines y simplicidades en los pasajes de aparato de sus novelas medioevales y de caballerías, que á ratos parecen oscilar entre el verso y la prosa. Fenómeno igual ofrecían, en opinión de Pidal y Alcalá Galiano, no ya solamente los cantares de gesta, sino los mismos romances primitivos que en ellos se absorben, no ó de ellos brotaron. Con todo lo cual y con los autorizados ejemplos contemporáneos de Rubén Darío, Valle Inclán y el afinado traductor Diez Canedo (que suelen intercalar en sus composiciones di-

sonancias y líneas amorfas), que la muy e y tela de juicio la invencible repugnancia que Prada declara en el castellano para con el versolibrismo, no me da en poesía en números solutos como la habrían llamado antiguamente.

Pero dejemos ya esos asuntos prosódicos para considerar el contenido emocional del libro. Aunque por la preferencia concedida en él á la factura y á la breve de las composiciones, no es dicho contenido tan rico y delicado como pudo ser, no obstante, ideas y sentimientos de González Prada, por ser suyos, no son nunca de olvidar, y tanto más cuanto que las ideas expresadas en el presente libro parecen ser hoy sus habituales y presenciales; pues le ocurren de pronto, y casi involuntariamente como tema de sus estudios de Virtuosidad métrica.

Hay veces en que el afán de fuerza y energía en el estilo degenera en mal gusto y has a tudeza; así en La divina padre, El Invierno y los detestables polírrimos Tour du propriétaire y Le yendo estoy á Kant; mas encare, en otras hechicerías, de un suspirado y acreo encanto, en los cuartetos persas y las osidnicas. La inspiración (dominante es el entusiasta panegírico del paganismo heleno y la condecoración sañuda del ascetismo cristiano. Desde la Prelusión, que abre el volumen y que es un sonoro y mance endecasilabo, proclama el poeta con triunfante júbilo esta apoteosis de Grecia, contrapuesta á la noche del horror cristiano, á los grotescos dioses y al indebido pedestal del santo; y aunque allí habla indignamente de las glorias artísticas y científicas del mundo clásico, lo que más le atrae en el paganismo, lo que en casi todas las composiciones del tomo celebra de la existencia helénica, el merito principal que le halla, es la glorificación del cuerpo y los placeres materiales, la licitud de todas las satisfacciones sensibles, y una palabra la ausencia ó la debilidad extrema del vinculo moral. Al leer las poesías de Prada se descubre que tiene á las hetairas por la más acabada personificación de Grecia.

Este concepto simplemente epicureo del paganismo—perdónenos—nuestro compatriota si llega á sus ojos el presente artículo—nos parece muy incompleto y vulgar. Protestarian indignados contra él los mejores hijos de la civilización griega, desde los primeros: Esquilo, Sócrates, Platón y Demócrito, hasta los últimos y quizá por eso los más nobles y atractivos: el estoico Epicteto y los emperadores filósofos Marco Aurelio y Juliano. La historia de Grecia contiene algo más que bacanates; y la Roma, su continuación, encierra innumerables ejemplos elevadísimos, antitéticos de los desenfrenos de la mala época. Olvidarías dar muy de barato razón á las detracciones de los primeros cristianos. No fueron dioses únicos del paganismo Venus y Baco, no fueron siquiera los principales; al lado y por cima de ellos eran venerados Marte el guerrero, Diana la casta, Júpiter el omnipotente, y Apolo y Minerva, encarnaciones de la sabiduría y la templanza. En el Mundo Antiguo, la belleza se hermanó con la fuerza, como el mármol con la piedra y el bronce; y la fuerza es siempre en lo íntimo raíz de moralidad, porque de ella arrancan la disciplina y el heroísmo. Grecia no fué sólo un pueblo de voluptuosos inteligentes: no ocuparía sitio tan privilegiado en los recuerdos humanos si no hubiera sido más que eso. En ella Píndaro representa más que Anacreonte. Tucídides y Eurípides Meleagro y Longo, y los vates homéricos mucho más que los risueños epigramatistas de la Antología. Atenas no tuvo ciertamente la austeridad lacedaemonia, pero tampoco fué la tierra clásica del regalo y la molicié; cuando las guerras médicas, si distinguió entre las ciudades jónicas por la moderación en sus costumbres, y conservó largo tiempo un exacto medio entre la severidad dórica y la blanda licencia de los griegos asiáticos, el cual se refleja en la sobriedad del aticismo. Recordamos, por fin, que Sibaris mereció general desprecio; y que á la gran mayoría de los Helenos, inspiró admiración perenne la maravilla monástica de Esparta.

No hay sociedad humana que viva, dure y prospere sin regulación y freno en las costumbres y sin fideles de moralidad. La Antiguidad no careció de ellos; y son ostensibles dos morales clásicas, más intensa la una, más amplia y generosa la otra, pero enemigas ambas á la par de los excesos que el vulgo reputa esenciales en el paganismo. Fué la primera y más eficaz, la moral política y cívica, el culto de la ciudad natal, la doctrina agnóstica y aristocrática de la dominación y la conquista, que impone el sacrificio del individuo en todas formas, que exige obediencia y gravedad en los ciudadanos, sencillez y pudor en las familias, fidelidad y recato en las mujeres, condiciones esenciales de engrandecimiento perdurables en los Estados. Esa fué la moral heroica, inspiradora de las leyes de Liturgo, que se respira en las Vidas de Plutarco, y que permitió á los ceñidos patriotas y á los férreos legionarios de Roma subyugar el orbe. El segundo principio de moralidad, de mayor alcance filosófico y humano, fué la sofrosine (concepto capital sin el que son indiscutibles la vida y el arte griegos); la sofrosine que es moderación, continencia, serenidad, sosiego, que sujeta todo impulso desbordado, reprime y pone á raya los apetitos animales, y establece sobre la domeñada concupiscencia el trono de la razón. Esta es la moral de los grandes trágicos. la que enseñó en sus Diálogos Platón, la catarsis de Aristóteles, conjuntamente ética y estética; y la que, andando los tiempos y en la sucesión de las escuelas, se convirtió en

el quietismo epicureo (tan distinto del bajo y trivial sentido que comunmente le damos), en la duraricia y en el ideal abstinente del Pórtico, y produciendo, dentro del estoicismo y del neoplatonismo alejandrino, verdaderos santos, en muy poco desemejante de aquellos cristianos, cuyos pedestales quiere derribar Prada.

Atendiendo á las dos morales dichas, á la patriótica y á la filosófica, podría sostenerse la superioridad del paganismo sobre el cristianismo, como respecto de la primera lo insinuó alguna vez Maquiavelo y respecto de la segunda Taine; pero no cabe comparación decorosa si se reduce el mundo pagano á una saturnal libertina. Y á eso viene á reducirlo González Prada, pues rechaza sin duda la ética filosófica, por su afinidad con el ascetismo, y más todavía la guerra y propiamente vital (análoga á la de Nietzsche) sin su inconveniente individualismo. Se abomina de la energía conquistadora y la expansión imperatoria.

Cansado estoy de crimen y sangre,  
De mirar en el hombre y en la bestia,  
La inmolación salvaje del vencido.  
La victoria del mal y de la fuerza.

Y en otra parte nos dice;

Na haya fronteras, y en pueblos sin leyes, altares  
Sean los hombre amigos y hermanos.

Pueblos del mundo, rompéd las espadas, rasgad  
(las banderas;  
Cesen rencores de tribus y razas.

Lancen los pechos el himno glorioso de paz y concordia!  
Caiga la lluvia de flores y abrazos!

Con este anhelo de paz, tranquilidad y descanso habria de trascender forzosamente al campo económico y aun al intelectual. No se ve bien cuales podrían ser las negras luchas que en la poesía Contra el dolor celebra y exalta.

Para constituirse en adversario radical y consecuente del cristianismo es menester, según Nietzsche lo hizo, aceptar y venerar la fuerza externa. La voluntad en el hombre no se satisface sino con el dominio exterior, ó con el dominio y disciplina de sí propio, que calma en el ascetismo. Proscritas estas dos finalidades, ¿qué le resta al ser humano, decaído y relajado, sino olvidar toda alta mira y ahogar tristemente la sed del ideal en el turbio léxico de los goces inferiores? Entonces se canta, en son que es en el fondo más amargo que la imprecación furiosa ó la queja desolada:

Rastro de los cisnes en el agua,  
Sombra de las nubes en el césped  
Son las ilusiones de la vida.

Goza la mañana de tu día,  
Rosas de placeres y de amores  
Nunca florecieron en la tarde.

Tal vez el sumum de la ciencia humana  
Es agolar la miel de los placeres.

Lo curioso del caso es que el que tal dice ha sido y continúa siendo por felicidad viviente desmentido de sus doctrinas. El respetabilísimo don Manuel González Prada, que desde hace años ha penetrado en las fronteras de la ancianidad y luce limpias y hermosas canas, ha vivido siempre vida morigerada y de gran compostura, muy ajena á los excesos que preconiza teóricamente; ha formado un hogar venerable, espejo de todas las virtudes; y lleva la existencia familiar más ejemplar y fiel, apacible y tranquila. En lo público, bien conocida es su firme actitud de varón inde pendiente, franquemente meritisíma es intransigencia inexorable y cateniana. Ha preferido el aislamiento, la ruda y solitaria protesta, la polémica amarga, el batallar sin tregua ni esperanza, á la más ligera transacción. (A) Su obra escrita, en lo político y religioso, á pesar de funestas extremosidades radicales y de frenético anticlericalismo, puede en un eminente sentido considerarse como benéfica moralmente, porque ha sido obra de sinceridad, energía y desinteresado ardor. Declarado de libertad salvática, de pureza indiscutida; da alivie desdeñosa y fulminadora, se nos ha aparecido González Prada hasta aquí como un

1.—Téngase en consideración que este artículo se escribió en los primeros días del presente año, y por eso se ve en el aspecto político la impresión que nos daba entonces la figura de Prada. *Quantum mutatis ab illo!* Ocurrieron poco después los ruidosos sucesos que lo llevaron á la Dirección de la Biblioteca Nacional. Plaqueó el apóstol y prevaricó el incorrupto. Lo sucedido confirmó los rumores que al fin de este estudio expresaba yo sobre el decaimiento en la severa actitud de González Prada, y demostró que ese desmayo y la relajación eran mayores de lo que suponía, y que del campo intelectual y teórico habían pasado á exteriorizarse y concretarse en hechos definitivos irreparables para su prestigio; hubo tanta inconsecuencia entre la doctrina y la práctica como yo benévolamente creía.

santo a teo, equivalente en nuestros días y nuestro medio á aquellos hombres de Dios, rígidos y sombríos, que sólo descendían de sus desiertos montañas, para tronar contra las prevaricaciones de los príncipes y las supersticiones y vicios de los pueblos. ¿Qué pértila tentación, que sólo hace de desaliento y cansancio es éste que así le hace deponer las sagradas vestiduras proféticas de Isaias, y reñer los agostos voluptuosos y escépticos del Eclesiastes, el más sensil é inusual de los libros bíblicos? ¿Por qué, imitando la versátil ligereza de Horacio, tras de haber tantas veces entonado el *Justum et tenacem*, el *Rectius vios* y la *Angustum amici* con bronconea trompa, hace sonar hoy el muelle *Carpe diem* en la enervante y lánguida flauta lidia? Es la misma afectación consumable que afectó los últimos años de la digna y laboriosa existencia de Renán. Sólo que en Renán la coquetería con la inmoralidad distraza una ironía sutil de sí propio, se encubre en sonrisa enigmática y parece decir: «La virtud es más elegante y artística cuando se muestra tan liberal y descuidada que no espera recompensa ni aún en la aprobación íntima, y que hasta duda de su mismo mérito y justificación; mientras que en Prada el tono es decidido y de formal dogmatismo:

No dejes por el fruto del Verano  
La flor de Primavera; el bien cercano  
Es el mejor, el único, no vayas  
Tras el redoble de un tambor lejano.

¿A qué purificarte, engrandecerte,  
Ser el varón incorruptible y fuerte?

La indole de la mayor parte de las poesías del volumen no permite creer que esto sea un sarcasmo, porque casi todas concurren á dar alguna impresión de estímulo á los placeres fáciles, á la improvisación y á la molicié. Y esto es mucho más grave que la mera indulgencia para con los excesos eróticos (que son al cabo asunto de interés subalterno si se logra que no influya en otras esferas de la actividad); es istitur como roga de vida, en vez del deber y el esfuerzo, el dolo, el carriño, el apetito ciego, el abandono á todo género de disolución y á toda especie de flaqueza. No es imaginable abdicación mayor de la voluntad. Inútil es que en otra página diga:

Y si es un corto sueño la existencia,  
Sonemos la bondad y la justicia.

Más que soñarlas, hay que realizarlas, tales como cada uno las entiende; pero es mal camino para procurar su empeñosa realización el que por los consejos de Exóticas se indica.

En un conmovedor rasgo de generosidad—al fin, en obra de Prada, tenían que encontrarse,—se subleva el anciano poeta contra los que desaniman á la juventud con pregonar de antemano las fatigas y amarguras de la vida:

Si hondas pesares un ay nos arrancan,  
Muera en sonrisas el ay oportuno;  
Si herido llevamos el pecho,  
Cubramos de flores la herida.

Nunca digamos al crédulo joven  
Que ávido y ágil aprende la rula:  
—Los goces encierran acibar.  
La senda conduce al sepulcro.

Pero algunos jóvenes prefieren á estas mentiras piadosas, que no engañan, la verdad fuerte y desnuda, y hallan, al contrario, desgarradora la menea de los labios marchitos que quieren ocultar con sonrisas la crispación de los solos. Á aquellos les parece que con cubrir con flores las heridas, hace resaltar por terrible contraste el trágico y sangriento dolor vanamente embazado, y tal lo profana; y más que las expectativas de peligros y combates, los aligen los ejemplos de laxitud y desmayo. Y los que admiramos y queremos de veras á González Prada, á pesar de profundas divergencias doctrinales que jamás hemos disimulado; los que en la adolescencia nos hemos nutrido con el alimento de su vil prosa, necesitamos, para no turbarnos y descorazonarnos, para salud y fortaleza de nosotros mismos, y para que su figura no decaiga del solio en que la colocaron nuestros juveniles entusiasmos, convenémosnos de que la inspiración principal en Exóticas es en el circunstancial y efímera, un tema indiferente de entretenimientos prosódicos (según parecen indicar numerosas contradicciones de pensamiento), ó un extravío pasajero á que lo arrastró su prurito de combatir á tado trance el cristianismo; y de que, pagano de más alta prosapia que Aristipo y los vulgares vividores, anteponer hoy como siempre á la muelle danza y la regalada música de las Horas voluptuosas, el redoblar de esos *tambores lejanos* que llaman desde las cumbres para los áridos deberes, las gloriosas lides y las nobles empresas.

Enero—1911. J. DE LA RIVA AGÜERO.

G. BERGEMEYER  
VILLALTA 204

